Godofredo de Buillon.

Cuadro original de D. Federico de Madrazo,

PRESENTADO A LA EXPOSICION DE PARIS EN 1839.

Grabado en madera por D. Calixto Ortega.

BELLAS ARTES.

EXPOSICION DE PARÍS EN 1839.

D. FEDERICO DE MADRAZO Y D. CÁRLOS LUIS DE RIVERA.

Cuando los desastres de la guerra civil y las calamidades que los acompañan, infunden inquietud y desaliento hasta en los ánimos mas indiferentes; cuando la Europa entera cree adormecido el genio español por resentimientos políticos, es consolador para los amantes de los adelantos nacionales el ver que hay gran número de jóvenes que, sobreponiéndose á la falta de estímulo consiguiente al desasosiego que es propio de una nacion cuya prosperidad se halla tan combatida, se consagran con asíduo afan al cultivo de las bellas artes. Entre estos, pocos disputarán la palma de la aplicacion y del mérito á los distinguidos artistas *D. Federico de Madrazo* y *Don Cárlos Luis de Rivera*, residentes actualmente en París. Los aplausos que han merecido sus obras á varios de los mas célebres profesores de aquella capital, lo prueban suficientemente, y nuestros lectores formarán una idea, si bien incompleta, de dos de dichas obras que han sido presentadas en la actual esposicion del Louvre, por los bellos grabados que ha ejecutado el Señor *Ortega* sobre los dibujos de los autores.

El Sr. de Madrazo, que, á pesar de su calidad de estranjero, desfavorable por mas que digan, en la capital de la culta Francia, logró en la esposicion última la medalla de oro, hizo formar tan ventajosa idea de su habilidad á los profesores franceses, que el gobierno le encargó un cuadro para colocarlo en la sala *de las cruzadas*, una de las nuevas que se estan preparando en el suntuoso museo de Versalles. Representaba este cuadro «La coronacion de Godofredo Bouillon como rey de Jerusalen» y sin embargo de haber tenido que acomodar su composicion á medidas dadas y poco ventajosas al asunto, fué aquella tan feliz, que obtuvo general aceptacion. Alentado por este nuevo triunfo, resolvió pintar un cuadro de tamaño semicolosal para la esposicion de este año, tomando tambien el asunto de las tradiciones de las cruzadas recogidas por Michaud, y eligiendo por héroe á Godofredo de Bouillon.

Consiste el asunto en *La aparicion de dos ángeles que inspiran á Godofredo la idea de ponerse al frente de los ejércitos cruzados*, para dar nuevo impulso á la conquista del Santo Sepulcro. Godofredo los escucha de rodillas, y se leen en su semblante y en su ademan la exaltacion de la fé y el recogimiento de la devocion.

«Resta Goffredo á i detti, á lo splendore,
D' occhi abbagliato, attonito di core.»

El asunto y la composicion nos parecen en alto grado felices, no solo por su sencillez y buena disposicion, sino porque demuestran ademas que el autor ha entendido el gusto del público francés, inclinado ahora á los asuntos fantástico-religiosos. El colorido, si bien fresco y puro, no es y con razon tan brillante y esmaltado como el del bello y conocido cuadro del Gran-Capitan, y es de admirar sobre todo la diferencia que se advierte en la manera empleada para pintar los ángeles y el Godofredo. Son aquellos séres ideales, indefinibles, celestiales; y es este el rudo guerrero de la edad-media. Aquellos recuerdan á nuestro entender la manera, aunque no el colorido de Murillo: este el vigor y valentía de Velazquez.

Don Cárlos Luis de Rivera ha presentado tres cuadros en la exposicion de este año. El mas notable de los tres es el que representa á *D. Rodrigo Calderon en el acto de ser conducido al suplicio* (1675). Son tales la armonía que reina en la composicion y la bella distribucion de las luces y tonos del cuadro, que traen á la memoria los buenos modelos de la escuela holandesa. Pero el cuadro reproducido por el cincel del Sr. Ortega, y que representa *Un niño Jesus adorado por la Virgen y dos ángeles*, es de un género distinto y nuevamente adoptado por el Sr. Rivera. Hay en él correccion de dibujo y detalles de sumo primor y delicadeza; pero estimamos demasiado al autor para no confesar que sentiríamos verle emplear en todas sus obras el método aleman que ahora ha ensayado, pues aunque puro y correcto, nos parece sobrado frio, y aplicable cuando mas á ciertos asuntos religiosos. El sistema de pintar las ropas de claro-oscuro, velándolas despues con color, ha producido el mejor resultado en el precioso cuadro del *Apocalipsis* que tambien ha espuesto el autor; pero acaso tendria demasiada tibieza de estilo, aplicado indistintamente á todos los asuntos. En fin, es un sistema, y asi en literatura como en artes somos enemigos de los sistemas.

Esperemos, pues, que el Sr. Rivera seguirá únicamente como hasta aquí los impulsos de su propia inspiracion, y que unidos sus esfuerzos á los del Sr. Don Federico de Madrazo y de otros jóvenes insignes, harán recobrar á las artes españolas el lustre que les han robado cerca de dos siglos de padecimientos.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

NOTA. *Al justo y bien razonado elogio de los* Señores Madrazo y Rivera, *consignado aquí por el Sr. de* Cueto, *testigo presencial que ha sido de sus lauros en la capital de Francia, debemos añadir por nuestra parte una palabra de recuerdo al otro jóven artista* D. Calisto Ortega, *que impulsado por el noble deseo de perfeccionarse en el arte del grabado en madera, pasó tambien hace algunos meses á París, desde donde nos dirige los dos grabados que hoy insertamos, que á la par que el mérito de los* Señores Madrazo y Rivera, *prueban tambien los adelantos hechos por el* Sr. Ortega *en un arte que con él y otros tres ó cuatro jóvenes apreciables intentamos y conseguimos al fin introducir en España, donde no era conocido el grabado en madera hasta que tuvimos la idea de emplearle en nuestro* SEMANARIO.

ATENEO DE MADRID.

CÁTEDRA DE LITERATURA ESPAÑOLA.

Al terminar el curso de este año en la noche del 17 del actual, el distinguido profesor *D. José de la Revilla* resumió en el final de su discurso las luminosas lecciones que durante dos años han cautivado la atencion de un numeroso auditorio; y hallándose en él brevemente expuesta la marcha de nuestra literatura desde los tiempos mas remotos, creemos hacer un verdadero servicio á los amantes de nuestras glorias, transcri-

biéndolo aquí tal como le pronunció el benemérito profesor que tanto honor hace á la ilustrada corporacion á que pertenece.

«Señores:»

En los dos cursos de literatura que concluyen en esta leccion, me he limitado á hablar de los prosistas, por las razones que manifesté al encargarme de esta interesante asignatura. Aunque reducido á una sola parte de las buenas letras, era sin embargo sobradamente vasta la materia para poderla encerrar dentro del escaso tiempo de una leccion semanal, si habia de tratarla con la estension conveniente á su importancia, y al noble objeto que el Ateneo se propuso cuando estableció esta cátedra. A pesar de tamaño inconveniente, he procurado no dejar olvidada ninguna época de nuestra literatura, comenzando su exámen desde el remoto siglo de Augusto. En ese siglo que parecia reservado exclusivamente para añadir laureles literarios á los marciales que Roma habia alcanzado en los campos de batalla, hice una reseña de los escritores españoles cuyas obras contribuyeron á ilustrar la gloria literaria del Imperio; y los nombres de los Senecas, Lucanos, Quintilianos, Higinos, Porcios y otros, bastaron para acreditar que desde muy antiguo se habia señalado España entre todas las naciones europeas, obedientes á las leyes del capitolio, como el pais designado por la naturaleza para producir varones eminentes en todo género de literatura. Desmoronado aquel Imperio colosal, único por su poder y grandeza en los fastos del mundo, la literatura quedó sepultada bajo sus ruinas, y las naciones que le obedecieron sumidas en la mas profunda ignorancia. Los septentrionales, á manera de una plaga devastadora que todo lo arrasa, sin otro objeto que la conquista y la dominacion por la fuerza, desdeñaron los restos magestuosos del caido Imperio, los sublimes testimonios de la cultura romana; y las letras, como avergonzadas de aparecer en un mundo que incensaba á la ignorancia, buscaron un albergue en el silencio y soledad de los claustros. Allí, alimentadas con la luz del cristianismo que se habia derramado por todo el continente, parecia como que desafiaban á la barbarie dominante, amenazándola con su próximo triunfo. Allí los poderosos acentos de tantos varones ilustres por la pureza de sus costumbres y la santidad de su doctrina, pusieron coto á la ignorancia universal. No fue España por cierto la que menos esfuerzos hizo para conservar con creces el depósito de la fé y del saber encomendado á la iglesia, como lo hemos patentizado al recordar los nombres de los Leandros, Isidoros, é Ildefonsos, los Eulogios, los Pulchros y Teodolfos, y otros muchos cuyo incansable celo llenó la triste laguna literaria que se advierte desde el siglo V al IX de nuestra era.

Mas en medio de ese estupor en que quedaron las letras humanas durante los primeros siglos de la dominacion goda, apareció en el horizonte español una nueva luz que desde allí debia iluminar todo el occidente. La invasion de los árabes, funesta al degradado imperio gótico, fue ventajosísima para las letras, porque aceleró su renacimiento y afianzó para siempre el imperio del saber en Europa. ¡Rára fenómeno por cierto ver á un pueblo inculto salido del fondo de Arabia, dominar gran parte de Asia, de Africa y España, así por la pujanza de sus armas como por la brillantez de sus conocimientos, y venir á librar de la ignorancia á los mismos pueblos en donde poco antes resonaran los acentos seductores de los Horacios y Virgilios.!

Al esplicar este fenómeno así como otros muchos que con él guardan suma analogía en nuestra historia literaria, hice ver la influencia que tienen en las revoluciones de las letras circunstancias muchas veces accesorias á la política, á la religion y á las costumbres. Varios ejemplos sacados de los Califas de Bagdad, Cufa y Basora, de nuestros reyes D. Alonso X y D. Juan II, fueron suficientes para demostrar que la prosperidad de las ciencias y letras suele deberse á veces á los esfuerzos particulares de un príncipe, de un personage notable, de un ingenio esclarecido; sin negar por eso la influencia que egercen las revoluciones políticas en la prosperidad ó decadencia de las letras.

La lentitud con que caminaba la literatura gótica, largo tiempo esclavizada por la lengua decadente de los romanos, daba lugar á que la arábiga se ostentase lozana y magnífica en un idioma virgen, libre de todo yugo extraño, *sin otra guia* que la influencia del clima y la fecundidad del ingenio. Preciso era, pues, que suplisemos la escasez literaria de nuestros godos con la abundancia de nuestros rabinos, harto olvidados por cierto, como si el ser observantes de la ley antigua les privase de la cualidad de españoles y de la de hombres doctísimos *en todo género* de conocimientos.

Mas la lentitud de nuestra literatura debia cambiarse en movimiento acelerado, á contar desde fines del siglo XII, punto de partida de la genuina literatura castellana. En este tiempo ya comenzaba á darse á conocer en Europa la influencia de la literatura arábiga y la nueva série de ideas importadas por los expedicionarios á la tierra santa. El siglo XIII, notable por haber florecido en él D. Alonso X llamado el sábio, ofreció á nuestra meditacion un cúmulo de reflexiones importantes acerca de los obstáculos que las preocupaciones vulgares presentan constantemente al progreso de las ciencias y letras humanas; así como tambien la degeneracion de estas cuando la falta de buenos principios no da lugar á consolidar el imperio del saber y de la verdad. El escolasticismo, último término de la depravacion del entendimiento humano, y ocasion de la extraordinaria parálisis de las letras durante el siglo XIV, acabó de convencernos que la imaginacion y el gusto, entregados á su libre albedrío, tocan en extremos perjudiciales, pervierten el juicio, y acaban su desastroso curso corrompiendo completamente las ciencias y la literatura.

Pero como el estado de relajacion ya sea moral, política ó religiosa, no puede ser duradero, porque pugnan en contra suya los principios conservadores de la sociedad, hijos del interés individual y colectivo de los asociados, sucedió la reaccion consiguiente del siglo XV, bajo los auspicios del rey de Castilla D. Juan II. Mas fuerte y pujante, mas llena de vida y movimiento la literatura castellana al salir de su reciente letargo, resonaban sus trobas en los palacios y en la corte; y los historiadores, los filósofos, los moralistas, hacian suntuosa ostentacion de su profundo saber, y de la gala y lozanía de una lengua ya formada, cuyas frases y locuciones graves y armoniosas me han proporcionado ocasiones de recrear agradablemente el ánimo de cuantos me escuchan, sacándolas de las obras de Pedro Lopez de Ayala, Hernan Gomez de Cibdad-real, Fernan Perez de Guzman, y otros varones esclarecidos.

Abierto ya un nuevo palenque al ingenio castellano, mas generalizada la cultura en todas las clases de la sociedad, y encontrando por consiguiente los escritores cumplida recompensa á su laboriosidad y talento en el aprecio y veneracion de sus conciudadanos, no era difícil prever cual sería la prosperidad literaria de España al asomar el siglo XVI. Libre entonces la penín-

sula de la dominacion arábiga; establecida en ella poco antes la unidad monárquica por el acertado enlace de los reyes católicos; poderosa en armas; rica con los despojos de un nuevo continente en el atlántico; inmensa por sus conquistas en occidente; y temible en las contiendas políticas de Europa, el ingenio castellano crecia á medida que se aumentaba el poder militar y político de nuestra patria.

Recreados con el cuadro lisonjero que presenta el siglo de oro de nuestra literatura, á contar desde la segunda mitad del XVI hasta la mitad del siguiente, gozaba yo, como el que mas, en hacer alarde de la sensatez filosófica de nuestro valenciano Vives, en recorrer las páginas elocuentes de los Granadas y Leones, y en dar público testimonio de veneracion y respeto á tantos eminentes escritores como á la sazon ilustraron las letras sagradas y profanas. No se limitaron, Señores, mis esfuerzos á solamente hacer ese alarde lisonjero de nuestra gloria nacional. Intimamente convencido de la arrogancia con que el siglo presente mira la profundidad de juicio de nuestros antepasados; persuadido de que sin duda aquellos hombres, aun atendiendo al atraso de las ciencias en su tiempo, fueron tal vez mas filósofos que nosotros, hice lo posible por demostrar que tan ilustre centuria fue una época de verdadera filosofia, no brillante y deslumbradora como la nuestra, pero sí mas certera y provechosa á la humanidad. Si lo demostré en efecto, si con razon califiqué de filosófico aquel siglo, no me corresponde á mí el afirmarlo.

Severo sin embargo en todos mis juicios, ni oculté, ni tampoco me era permitido ocultar, los graves errores literarios cometidos en aquella época. Asi pues, no pude menos de formar una breve historia de las novelas caballerescas, de las causas que fomentaron su publicacion y lectura, y del funesto daño ocasionado con ellas á las costumbres, á la política, á la religion, y á la moral pública y privada. Objetos tan sagrados para la sociedad, eran sin duda muy dignos de llamar nuestra atencion, cuando se trata nada menos que de la influencia de la literatura en la moralidad y bienestar de las naciones; y estos mismos objetos me condujeron como por la mano á tratar estensamente del mayor y mas celebrado antagonista de aquellas antiguas leyendas. El examen filosófico del Quijote de Cervantes, invertido de propósito el orden de los tiempos, cerró la série de las obras pertenecientes á nuestro siglo de oro, como transicion notable á otra época de corrupcion literaria.

Señores, al paso que se hacia cada vez mas sensible la decadencia de la señora de dos mundos en manos inhábiles para dirigir su gigantesca monarquia, á medida que se debilitaba diariamente nuestra influencia política y militar en Europa, menguaba tambien el brillo de las letras castellanas. El falso gusto, las figuras y adornos empleados profusa é inoportunamente por nuestros escritores, ahuyentaron la gravedad y sencillez de los antiguos: el culteranismo levantó su ridícula frente, y la buena literatura desapareció de entre nosotros. Seguí las huellas de ese falso gusto, presenté testimonios irrecusables de sus risibles estravios, y continué su examen hasta mitad del siglo pasado, en que la nueva revolucion literaria puso coto á su audacia y le espulsó de Europa, acaso para siempre.

Pero si era indispensable dar á conocer ese mal gusto, tambien era conveniente y justo hacer honrosa mencion de tantos escritores como supieron preservar sus obras del contagio universal. Justo era, pues, que los nombres de Sigüenza, Marquez, Garibay, Zurita, Pulgar, Cascales, Morales, Mendoza, Mariana y otros infinitos de historiadores, filósofos, moralistas y políticos, sirviesen como de riquísimo paramento á un siglo literario depravado y corrompido; forzoso era neutralizar con la dulzura de la miel la amargura de un vaso colmado de acibar.

Acercábase la segunda mitad del siglo XVIII, y el brillo de un nuevo sol clareaba en nuestro horizonte. La literatura francesa adoptando por guia las doctrinas de la antigüedad, abrió nuevo sendero al ingenio humano: grande y magestuosa, tanto como menguada é innoble habia sido poco antes, cambió su debilidad en energia, y los andrajos que la cubrieran por la túnica y la púrpura romanas. Mas por desgracia á favor de la riqueza y lujo de que hacia gallarda ostentacion, cundió una manía filosófica, noble en su origen, pero perjudicial en sus efectos; porque aspiraba nada menos que á trastornar los fundamentos sociales, destruyendo la fé y las creencias de los pueblos.

Nuestros literatos, siempre amantes de lo esencialmente bueno, abrazaron con ansia el nuevo gusto que rápidamente se alzó con el imperio de las letras en la nacion vecina. Pero al mismo tiempo mas circunspectos que los sectarios de la nueva filosofía, adoptaron sus bases desdeñando sus consecuencias. Así lo manifestó Luzan en sus memorias literarias de París; y eso mismo se ve esclarecido con sagacidad y talento en las obras de nuestro nunca bastantemente alabado Feijoo.

La prevision de nuestros sabios se vió confirmada por los inauditos escesos de la revolucion francesa. Los delirios de la embriaguez política no hallaron término á su demencia; el furor revolucionario no encontró sobrados objetos en quienes saciar su rabia, y en fuerza de su pujanza hasta los cimientos de la asociacion universal se estremecieron.

El cuadro lastimoso de los estremos á que se deja llevar la fragilidad del entendimiento humano, cuando una vez llega á romper los lazos de la religion y de las leyes, nos descubrió la tendencia filosófica del siglo actual; y agolpadas en nuestra imaginacion multitud de reflexiones importantes, que por muy recientes seria ocioso repetirlas ahora; examinadas las nuevas formas literarias, indiferentes en sí mismas, pero de suma trascendencia cuando van unidas como en el dia á un pensamiento antimoral, anárquico y destructor, nos estendimos á indicar los únicos medios posibles de hacer invulnerables los principios conservadores de la sociedad, no incompatibles, como se ha hecho creer á la deslumbrada multitud, con el bienestar y la libertad de las naciones.

He concluido el examen filosófico de nuestros prosistas: el curso venidero será dedicado á un examen igual de nuestros poetas. Si al terminar este breve resumen de nuestras tareas literarias, me queda la desconfianza de no haber llenado cumplidamente el noble objeto de tan importante instituto; si mis fuerzas no han sido suficientes para llenar el vacio que dejó en la memoria de cuantos me escuchan el ilustre literato (1) que con tan justa celebridad me precedió en este puesto, me queda por lo menos la idea lisonjera de haber llamado la atencion de nuestra estudiosa juventud hácia las obras maestras de nuestros antiguos escritores, revelando una parte del precioso tesoro que en ellas se halla escondido; y me queda por último el consuelo de haber contribuido en cuanto mis escasos conocimientos lo permiten al bien de mi patria, y al esclarecimiento de nuestra literatura nacional.

JOSÉ DE LA REVILLA.

(1) D. Alberto Lista.

El Sueño de Jesus.

Cuadro original de D. Cárlos Luis de Rivera,

PRESENTADO A LA EXPOSICION DE PARIS EN 1839.

Grabado en madera por D. Calixto Ortega.

COSTUMBRES DE LA HABANA.

LAS CARTAS DE RECOMENDACION.

Todo el mundo sabe que para hacer un viage desde Madrid á París, ó desde París á Londres se necesita dinero y no poco, si uno lo ha de pasar asi, asi, medianamente, entre digamos ó no digamos: item mas, saco de noche y gorro de dormir, si el viage es en diligencia; esto sin perjuicio de las arrobas tasadas de equipage, al que no se toca desde el punto de salida hasta el punto de llegada, con tal que no se tropiece en el camino con algun encuentro caritativo, de aquellos que todo lo tocan, pues en este caso es indiferente viajar con la bolsa vacia ó atestada de onzas de oro, ya que el tal encuentro á todos nos hace iguales. Por lo demas es cosa harto probada, que tanto aquí como en otra parte, *por dinero baila el perro, y por pan si se lo dan.*

Pero lo que está muy lejos del pensamiento de muchos, es que para ir á la Habana, esto es, á distancia de mil y quinientas leguas con su pico, lo que menos importa es no llevar *metálico sonante*. En efecto: ¿para qué conducir dinero á un pais de donde tanto se saca? ¿quién va con dinero á la Habana? ¿á la Habana donde se cuenta por pesos y reales? ¿donde no hay maravedises? ¿donde no hay cuartos? ¿donde todo es oro y plata? ¿donde un ochavo de peregil vale diez cuartos y medio? A la Habana se vá á *hacer dinero*, y esto cuesta tan poco allí, como aquí ser nombrado gefe político de una provincia.

Sin embargo, aunque uno entre en la *reina de las Antillas* desprovisto de ese vapor poderoso que mueve todas las maquinas, hay cierto requisito indispensable para todo *allegadizo* (ignoro por qué no he de usar de esta palabra, cuando puedo decir advenedizo), requisito *sine qua non*, por cuya falta muchos hombres de..... pues, se encuentran en la calle, y consiste en poder presentar lo que se llama *cartas de recomendacion*. ¿Saben VV. lo que quiere decir cartas de recomendacion? Voy á esplicarlo, si puedo.

Llega á la Habana, á las Indias, un buque procedente de la Peninsula, y sea ruso, inglés, sueco, ó norteamericano, no hay que preguntar si conduce pasageros: á veces se compone de ellos toda la tripulacion: ya se vé. ¿Qué diablos han de hacer los hombres en España? ¡ojalá no hubiera tantos, para ver si por falta de ellos se acababa esta maldita guerra civil que se ha empeñado en no acabarse de otro modo! pero vamos al cuento. Dá fondo el barco, y étenme VV. que todo el mundo se dispone á *saltar á tierra*. El capitan ha entregado ya el rol, los conocimientos de la carga y los pasaportes, escepto tal cual de ellos perteneciente á algun empleado que descontento de los *horrores y mal estado de nuestras cosas*, ha tenido por conveniente permutar su mal pagado destino de Contador de aduanas por otro *equivalente* en la isla de Cuba, tierra de promision, refugio de los amigos de la *tranquilidad*, dónde las cosas y las pagas andan corrientes. Con todo, pasa un dia y otro, y otros dos, y todavía los pasageros *á bordo*, no por su gusto ciertamente, pues que el que mas y el que menos anhela salir cuanto antes del estrecho cajon que lo ha cobijado cuarenta dias, ni con placer del capitan, que tiene que suministrarles *la galleta suya de cada dia*, sino por.... por.... ¿á que nadie lo adivina? Sencillamente, porque los pasaportes que se dan en España para la Habana son falsos: falsos, si, ó nulos, que en el caso es lo mismo, pues que ningun español puede pisar aquella tierra, la tierra del oro eh? aunque lleve mas pasaportes que mentiras un periódico, si al mismo tiempo no presenta, aunque no conozca á nadie, una persona que responda de su conducta, de que no es un hombre sospechoso, de que no se ha fugado por algun delito, etc. etc. —Pero hombre, ¿qué mayor garantía que el pasaporte? —Ya he dicho que no sirve, es falso; y sobre todo, el fiador que hace diez años está en la Habana y jamas ha oido deletrear el apellido del recien llegado, sabe mas de su vida y milagros, que la autoridad que le expidió el pasaporte, y *laus Deo*.

Por lo regular aquel fiador suele ser uno de los innumerables, contra quienes se lleva letra abierta, entendámonos, *cartas de recomendacion*, en las cuales confia mas Juan portador, que un partido político en el ministerio de su color. Esto sucede siempre que el tal Juan no tiene algun hermano, primo ó cosa que lo valga en el *comercio* (allí es comercio hasta el acarrear basura), pues entonces nada hay que decir, sino que encuentra casa y comida lista, ropa limpia, un catre-tijera, pantalones blancos, camisa de *estopilla* (batista por supuesto), y en un santi-amen se convierte en *comerciante*, ganando *méritos* durante seis meses, despues doce pesos fuertes que le señala el pariente por su habilidad en fregar los platos, poner la mesa, é ir al café á buscar café, y luego una onza (que no son diez y seis duros, como creen muchos) porque sabe distinguir la *platilla* de la *coleta*, ó el jamon de Galicia del de Westfalia. Al cabo de ocho ó diez años de Habana, es Juan lo que se llama un buen dependiente de *casa de comercio*, de *tienda de ropas* ó *almacen de víveres*, pues cuando se ha *civilizado* un poco, comprende las distinciones y gerarquías en que aquel se subdivide, y suele acontecerle haber recorrido las tres cuartas partes de los establecimientos mercantiles sin haber ahorrado cuatro reales..... ¡Blasfemia! ¿qué he dicho? ¡en la Habana sin cuatro reales! ¿quién está? ¿quién ha estado jamas? Si es la mina universal..... doblemos la hoja.

Veamos ahora cómo lo pasa otro Juan, que no tiene bajo el hermoso cielo de los trópicos padre ni madre, ni perrito que le ladre. Demos de barato que salió de *á bordo* venciendo las dificultades susodichas, y que un paisano (sino hubiera paisanos en América ¡pobres de nosotros!) lo acoge, le lleva á su *pelcteria* y le dice: —Pues señor, yo siento mucho no poderlo colocar á V. en mi casa, pero mientras no se le proporcione á V. otra cosa, venga V. á almorzar, comer y dormir: —en la Habana no se merienda ni se cena. —¿Qué hace mi hombre? nada mas claro: duerme, almuerza y come en la *peleteria* de su paisano. La segunda amonestacion de este es: supongo que traerá V. algunas *cartas de recomendacion*..... —Y muy buenas, contesta Juan. —A ver, á ver, yo le diré á V. si los sugetos á quienes se dirigen pueden hacer algo por V.—Ahí las tengo, en el baul... —Vaya, vaya á buscarlas y hablaremos: apuradamente conozco á *media Habana*..... Don Pedro, ¿ha pagado ese *muela* de la Intendencia las dos badanas de catre, que llevó fiadas el mes pasado?—Esta pregunta se hace entre paréntesis en tanto que el buen Juan vá y vuelve con un enorme paquete de cartas, de todos tamaños, de todas formas, de todas caligrafías: es una especie de cajon de sastre, un album en que cuarenta ingenios han agotado las flores retóricas en loor del afortunado editor, á fin de probar que este desea una *colocacion ventajosa*, pa-

ra la cual, sea la que fuere, tiene la mayor disposicion, que es como si se digera: *se vende ó alquila una negra general cocinera y planchadora.* Cuatro renglones mas acerca de la honradez de los padres del recomendado, y de la confianza que anima al que escribe de que no será desatendida su intercesion, y caten VV. una *carta de recomendacion* hecha y derecha.

«*Al Sr. D. Lucas de Iturriverrigorrigoicoerroetacoechea*» es el sobre de la primera.—¿Le conoce V?—Como á mí mismo: es *marchante* de casa, escelente sugeto, y está muy *acreditado*: cerca de aquí vive, y no hay mas que doblar á la izquierda en las primeras cuatro esquinas, y pasar.... dos, tres, cuatro *cuadras*, en la *medianía* de la quinta, acera derecha hay una casa con ventanas de *madera* pintadas de verde, *allí mismo*.—Muchas gracias: aquí tengo otra para un señor de la Audiencia pretorial.—En efecto: «Al Sr. Oidor D. Diego de...» ¡oh! pues no necesita V. mas; tiene V. asegurada su *suerte*. —¿Y estos sugetos son de posibles?—¿Qué pregunta V., paisano? Mire: el Oidor tiene tres *quitrines*, dos *cafetales* y mas de mil *piezas* de esclavos. Mañana, mañana mismo es menester que V. le presente la carta y tambien á D. Lucas: en casa de este no hay ni una triste *volante*; pero, amigo, si gasta poco, en desquite su caja está siempre bien provista: figúrese V. que el último año hizo un balance soberbio su ferretería: todos le reputan por hombre de trescientos mil pesos de capital. El pobre Juan, al oir hablar con tanta facilidad de miles de pesos, de cafetales y de carruages, abre tamaña boca, y el tiempo le parece largo hasta el dia siguiente, destinado por el peletero para la entrega de las cartas.

Amanece Dios, y todo el mundo se levanta: se abren las puertas, se colocan los bastidores, en los cuales hay escrito con letras gordas: «LA EQUIDAD DE HERNANDEZ Y COMPAÑÍA» se barre la tienda, y se sacuden los entrepaños con el plumero. El tercer dependiente coloca sobre el mostrador cinco tacillas con sus platillos y la cafetera con *un medio* de café de *la bella Europa*: lo sorben todos, incluso Juan, y en seguida cada uno atiende á su juego hasta la hora de almorzar, el peletero á recorrer *la plaza* para surtir al establecimiento, los dependientes á *trabajarla* con los *marchantes*, y Juan á preparar los zapatos nuevos y á vestirse de limpio.

A las diez de la mañana, pica el sol en las calles de la Habana, y mas si es el mes de julio, pero á Juan le pica mas el deseo de una colocacion, y así, aunque derretido por el calor, pasea la ciudad con sus cartas en la mano, preguntando en todas partes por la calle de *Mercaderes*. Como hace veinte dias que no ha llovido, las calles estan intransitables: Juan se mete en el fango hasta los tobillos, y como tambien ignora el imperioso apóstrofe de: «*para calesero*,» cuando se le acerca una *volante*, tiene que sufrir con paciencia el súcio bautismo que le regalan las dos manos de un étco caballo, metido entre las dos piernas de un negro descomunal, y entre las dos varas de una asquerosa armazon de madera forrada de hule, dentro de la cual se *señorea* una *señora isleña*. Despues de mil tropezones y estrechamientos en las aceras, de las que no es posible desviarse una línea sin sepultarse en lodo, despues de atravesar por la infernal batahola de carretones á escape (cuando van vacíos), de organillos *bozales* que estropean la *Casta diva*, de congas que chillan; «*Pratanito freco* y *naraja china*», de monopolizadores que pregonan en si bemol, billetes de la Real lotería, y de *guajiros* que meten su detestable *maiz seco* y sus *pollonas* por los ojos y por los oidos de todo caballero andante, se encuentra el forastero delante de una casa *con zaguan*, que no es grano de anis, y delante de un portero repanchigado en un banco, que *chupa* su tabaco de la *vuelta-abajo*, y se hace repetir diez veces una misma pregunta.

¿Vive aquí el Sr. D. Diego de?.... —¿Quién dice V.? —El Sr. D. Diego el Oidor.—¿Y V. preguntaba por su señoría? —Pues hombre claro está. ¿Se puede hablarle? —¿A quien? —Al Sr. Oidor. —Ah! ¿solicita V. á D. Diego? —Sí, al mismo, á D. Diego, al Oidor, al....—Eso es otra cosa, si V. se hubiera esplicado.... —Me parece que desde el principio he dicho.... —*Sí*, en efecto, está en casa, suba V. por esa escalera al primer piso.—Muchas gracias.

Ya tenemos en el primer piso á nuestro Juan, sin saber á donde dirigirse, pero con mas esperanzas que un aspirante á literato. A su mano derecha ve una sala alhajada con lujo, á cuyo estremo se mecen voluptuosamente dos lindas criollas en sus *butacas de valance*, á su izquierda una fila de aposentos semejantes á las celdas de nuestros ex-conventos, y á su frente un gabinete, el despacho particular del Oidor, del cual solo divisa la mesa atestada de legajos por entre las rejas de una rasgada ventana que dá al recibimiento. Las Damas no cosen, no bordan, ni hacen media; se mecen; y esto es demasiado trabajar en un pais que exige, al que no quiera presentarse muy sucio, tres camisas diarias de muda, y aunque ven á un hombre plantado á pocos pasos de ellas saludando á cortesías, no le contestan, porque temen derretirse al menear la cabeza. El pobre diablo está ya á punto de tomar la escalera en sentido retrógado, pero casualmente pasa una negra con un plato de *Zapotes* para las señoritas, y esta aparicion le reanima.

Dime, *negrita*, *si está en casa el Sr.* D. Diego? —*Oh! pregunta mi ama*, *niño*, *mi tá cusina*.—Tengo precision de ver al señor Oidor.—*Ele meme dise su mersé donde jalla amo*.—Hazme el favor de informarte.—*Oh niño! pasa su mersé y jabla la niña Lolita*.—¿Qué dices? ¿qué? no te entiendo.—*¿Mi no prica batante niño? jum!*—y le vuelve la espalda. Por fin el hombre aburrido se decide: tose, escupe, adelanta la pierna izquierda, descose la derecha, da tres pasos mas y se encuentra al lado de las mecidas damas.—A los pies de VV. señoritas. (Si lo aprendió en su tierra.)—¿Qué se le ofrece á V.? le responde una voz gangosa, que sale de unos lábios purpurinos, que pertenecen á una cara bellísima, que indica diez y ocho primaveras.—Ver al Sr. Don Diego.—Papá!—¿Qué quieres, linda? dice una persona desde el gabinete.—Aquí te solisitan.—Se mueve un asiento, se oye rechinar una puerta interior, y de allí á un cuarto de ora sale el Oidor con chinelas, *leva de dril rayado*, y en la mano un pañuelo de olan de filete.—Servidor de V.—Beso á V. S. la mano.—Tome V. asiento.—No señor, estoy muy bien.—¿En qué puedo servirle?—Tengo el gusto de presentar á V. S. esta *carta* de *recomendacion* que me dió en la Coruña Don Rafael Tenreiro y Rivadulla su amigo.—Ola! ¿V. viene ahora de España?—Si señor.—¿Y qué tal está aquello?—Cada vez peor.—Muchos facsiosos eh?—Muchos.—Muchas quintas....—Muchas.—Y mucha pobresa...—De eso no se hable.—(Momento de silencio).—Pues Señor; aquí me dise Tenreiro que haga por V. lo que pueda, esto de colocaciones está malísimo en el dia; pero en fin veremos, veremos: ya se vé, si fuera como antes, pero ahora se ha alambicado tanto el negocio! con todo, yo tengo amigos, estoy muy *relasionado* y no desconfio: de V. *sus vueltas* por aquí de cuando en cuando y verá que no me descuido, á mas de que deseo mucho servir á D. Rafael.—Muy bien, Sr. D. Diego, mas yo pensaba....—Ya se lo que va V. á decirme, pero, amigo hay muchos pretendientes y pocos destinos. Re-

pito que no echaré á V. en olvido para el primero que se presente. — Como ha da ser! paciencia. — No hay que desanimarse, querido, si hoy no hay, habrá mañana. — Muy bien Sr. D. Diego; yo estimaré á V. S. que me tenga presente; cualquiera cosa; aunque sea de dependiente por la comida en alguna bodega: lo que yo quiero es trabajar. — Bien, bien, pierda cuidado, haré todas las diligencias posibles, y como digo, dé V. *sus vueltas* por acá. — Mil gracias, Sr. Oidor, que V. S. lo pase bien. — Vaya, á dios, mi amigo, y si algo se ofrese ya sabe V. la casa. — Esto último lo dice D. Diego entre dientes, cuando Juan empieza á bajar la escalera, mucho despues de haberle apretado la mano, requisito indispensable en la Habana para abrir ó cortar una conversacion.

Pasan dias y dias, y la suerte del pobre Juan no ha variado. De casa del oidor á casa de D. Lucas, y de casa de D. Lucas á casa del oidor, no hace mas que *dar sus vueltas*, sin otro provecho que romper zapatos nuevos. Unas veces no encuentra á aquellos señores *visibles*, otras han salido, otras estan en el baño, otras en la audiencia el uno, y en la ferrería el otro; en fin, tantas vueltas dá, que está á pique de volverse loco. Su último remedio es conformarse, no sin echar primero una triste ojeada á otras *cartas de recomendacion* que en el baúl conserva, cartas en que cifraba pocos dias antes todas sus esperanzas, y que sacando en limpio lo que le han de servir por lo que las primeras le han servido, regala generosamente á los dependientes de la peletería para envolver cajitas de lustre de botas. Pero ¿qué hará de su cuerpo el infeliz? ¿á donde irá? ¿mendigará el sustento en medio de la abundancia? ¿dará lugar á que se le tenga por un *mamalon*? ¿y quién sino un mamalon deja de hacer suerte en la Habana? ¿quién deja de dedicarse á algo? Es verdad que por lo pronto tiene casa y comida; pero esta ganga ¿ha de durar siempre?

No sé á punto fijo si Juan está ó no colocado: lo que sé es que entró en la Habana limpio de polvo y paja, pero con muy buenas cartas de recomendacion: sé que allí *todo el mundo hace dinero* en poco tiempo, y guiado por estos datos, tentado estaba de creer que el bueno del paisano habria reunido para estas horas un fondo de veinte ó treinta mil pesos cuando *menos*; mas por el último buque-correo he recibido carta suya, y ¿lo creerán VV.? me asegura que va todas las mañanas al *muelle*, todas las tardes al café del *Gran teatro de Tacon*, todas las noches á la *Lonja Mercantil*, y los domingos á *Guanabacoa*. Esto traducido al castellano quiere decir, que no tiene destino, que se halla sin una blanca, como el primer dia, y que come, duerme y almuerza, gracias á Dios y al paisanage, en casa de su amigo el peletero. ¡Fiarse, fiarse en *cartas de recomendacion*, y embarcarse para las Indias!

EL FISGON INVISIBLE.

LA INOCENCIA.

La luz del sol se cubre
De un tenebroso velo,
El mar de pronto brama
Alzándose soberbio;
Mil rayos atraviesan
Las bóvedas del cielo,
Y al repetido choque
De rodadores truenos
Parece estremecerse
La tierra en sus cimientos.
En tan feroz borrasca
Sentado en fragil leño,
Un inocente niño
A la inclemencia espuesto
De las furiosas olas,
De los contrarios vientos,
Contempla en su barquilla
Con ademan sereno
Las encrespadas ondas
Romperse con estruendo;
Y con sonrisa ingénua
Soltando el corto remo,
Tranquilo se abandona
Al piélago violento.
La tempestad aumenta,
Y con furor mas recio
Inunda y rompe el agua
El triste barquichuelo:
Lo mira, y una rosa
Que adorna su cabello
Arroja á las espumas
Tomando el riesgo á juego.
Al fin cae arrollado
Por el embate horrendo,
Y las piadosas olas
Llevan su hermoso cuerpo
Sobre la verde hierba
Que matizaba el suelo
De la vecina playa;
Donde olvidando el riesgo
La tempestad, el barco,
Sin acusar al cielo,
Sobre un tapiz de flores
Queda rendido al sueño.
Tal la inocencia pura
En medio de los riesgos
Disfruta de la calma
Negada á los perversos.

FERNANDO CORRADI.

Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Paz frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscriccion en Madrid. Por un mes *cuatro* reales. Por *seis* meses *veinte* reales. Por un año *treinta y seis* reales. En las Provincias *franco de porte*. Por tres meses *catorce* reales. Por seis meses *veinte y cuatro* reales. Por un año *cuarenta y ocho* reales.
Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte *á la Administracion del Semanario*, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.